



PASIÓN DE LEER
Gabriela Mistral



Pasión de leer

Gabriela Mistral

QUERIDA AMIGA Y QUERIDO AMIGO DEL HOGAR DE CRISTO:

Con afecto compartimos contigo esta *Pasión de leer*, prolija selección de textos con los que Gabriela Mistral buscó “dar un apetito” por mirar de otra forma el mundo.

Tal vez te preguntarás qué tiene que ver el trabajo diario de nuestras queridas Fundaciones del Hogar de Cristo con algo tan básico como aprender a leer.

En estos setenta años, nacidos de un encuentro transformador del Padre Hurtado con Cristo Pobre y Maestro, hemos ido aprendiendo a “leer” de manera distinta nuestras vidas.

Los más pobres nos han ido enseñando, por ejemplo, que la pobreza no es ni la voluntad de Dios ni el destino fatal de la condición humana. Descubrimos que el desprecio del ser humano es una fabricación espiritual o mental, quizás cultural, pero que no es nuestra sentencia. Hemos ido cayendo en la cuenta, no sin dolor, de que a menudo es un fruto cruel de nuestros mismos vacíos, lo que la poeta llama “la soledad muerta de los huesos de vida interna”.

De cada hombre y mujer, heridos por la pobreza, apreciamos como en un espejo que ni la lástima ni la limosna honran la dignidad sagrada del ser humano, que no son justas. Porque ninguno de nosotros crece sin reconocernos en las vidas de otros, tal como nos enseña la literatura.

Ha sido un espléndido aprendizaje y lo ha sido más haciéndolo contigo.

Un abrazo entrañable, agradecido,

PABLO WALKER, S. J.
CAPELLÁN DEL HOGAR DE CRISTO

En uno de los capítulos centrales del primer tomo de sus memorias, *Los círculos morados*, Jorge Edwards hace mención de un hecho conocido por muchos, pero poco estudiado: la relación amistosa y epistolar, producto de una profunda afinidad de espíritu, entre Gabriela Mistral y el padre Alberto Hurtado. No está claro el origen y asunto de esa amistad. Estudiarla sería una buena manera de comprender la coherencia de ideas que compartieron dos de los actores clave en la historia de Chile durante el siglo XX, así como adentrarse en las preocupaciones y esperanzas comunes respecto al devenir de los procesos sociales que por entonces se llevaban a cabo. Es posible hallar una aproximación a esas sensibilidades compartidas en lo que cada uno escribió del otro.

No fueron pocos los documentos en los que Alberto Hurtado se refirió a Mistral. Sorprenden menos sus reiteradas alusiones a la poeta que el hecho de que éstas siempre fuesen a propósito de la educación, una de las inquietudes afines a ambos. Así, por ejemplo, en su discurso a los alumnos de Pedagogía sobre lo que debía ser la Educación Nueva, el santo citó las palabras que pronunciara Mistral en una entrevista de 1938 a su llegada a Chile luego de una prolongada ausencia, ocasión en la que lamentaba “amargamente la falta de un humanismo verdadero, es decir, de formación clásica”. En otras dos oportunidades, comentando el sistema educativo imperante y su influencia en la desorientación de los jóvenes, el sacerdote repitió esa misma cita de Mistral, apoyándose en su condición de “educadora que conoce bien el terreno de la educación, y de diplomática que ha podido, en sus numerosos viajes, ponerse en contacto con los sistemas pedagógicos de otros países”.

De estas menciones es posible concluir un deseo común de que el alumno sea puesto en contacto directo con los grandes autores antiguos y modernos, sin intermediarios: “Que los lea”, insistía el padre Hurtado, “los medite, apunte sus ideas importantes, las discuta en un círculo de estudios, se entusiasme con ellas y las lleve como tema de conversación en sus recreos; que escriba en las revistas del colegio sobre estas materias”. Así como la oración, como el servicio al más necesitado, para Hurtado la lectura era un ejercicio que requería disciplina y método: “El arte de leer

depende en gran parte del arte de tomar notas sobre lo que se lee. Leer sin tomar notas, dice un autor, es como no leer. Hay que desconfiar de la memoria. Tengamos cuidado en hacernos una memoria suplementaria, 'una memoria de papel', como la llamaba Montaigne. No se lee bien sino con la pluma en la mano"; recomendaciones que recuerdan la carta que Gabriela Mistral dirigió a sus alumnas del Liceo de Niñas: "Al leer, no olviden ir haciendo resúmenes. Den valor a las ideas y a los sentimientos. Relean las páginas más tiernas. Los pensamientos que les parezcan profundos y útiles, cópienlos en su libreta de apuntes. Retengan los nombres de los autores, a fin de que puedan buscar otras obras de ellos para conocerlos totalmente". Una lectura atenta, de calidad, en opinión de Alberto Hurtado, no es un fruto casual de la naturaleza, sino el resultado de una práctica metódica, sujeta a las mismas reglas generales que el arte de pensar y el arte de sentir. No todos los libros deben leerse del mismo modo: "Una obra de sentimientos se puede leer un poco menos lentamente que una obra filosófica. Hay que evitar, sin embargo, el apresuramiento. El arte de leer es el arte de pensar con ayuda".

Si para Alberto Hurtado la premio Nobel fue modelo de maestra, para Gabriela Mistral el sacerdote lo fue de sencillez y entrega a los más pobres. Percibió en la espiritualidad hurtadiana un *franciscanismo trajinador*, lo que no es una observación al pasar, viniendo de quien tuvo al *pobre de Asís* entre sus principales devociones. Tenía del santo italiano, escribió Mistral, "el hablar con gracia. Este don de su conversación más su llaneza les ganaba a todos y le servía en bien de sus pobres y de sus niños". Un hombre delicado que murió prematuramente de su gran desvelo por trajinar en el corazón sordo de los hombres ropas, objetos, dineros para sus *patroncitos*. "Oír al P. Hurtado será una obligación de responsable": cuánto bien nos haría seguir la recomendación de la maestra de Elqui, y releer con calma atenta los escritos de este *franciscano natural*; hoy más que nunca, cuando nuestro país confuso busca dar sentido a sus esperanzas. Y cuánto más volver la atención a ambos, al Santo y a la Poeta, atados por una amistad centrada en una honda conciencia de lo humano, en una fecha en que coincidentemente estamos terminando de celebrar los setenta años de la creación de la obra más emblemática del Alberto Hurtado, el Hogar de Cristo, y comenzamos a celebrar el aniversario número setenta de la obtención del Nobel de Mistral.

JUAN CRISTÓBAL ROMERO

NOTA DEL COMPILADOR

Hasta la fecha, se sostiene, en las distintas biografías y cronologías de Gabriela Mistral, que la maestra, a petición del educador Manuel Guzmán Maturana, colaboró con alrededor de cincuenta y cinco trabajos en los diferentes libros de lectura que éste preparó para los estudiantes de Chile a comienzos del siglo XX. En realidad, fue una cifra mayor que ésa, y es así como en esta compilación hemos recogido setenta y cinco textos, tanto en prosa como en verso, los que constituyen, con certeza, la totalidad de lo que Lucila Godoy escribió para esos efectos, dejando en claro que a ella nunca le gustó que se le reconocieran sus méritos literarios sólo por estos trabajos. Es más, insistió más de una vez en que los preparó como complemento para sus actividades de aula: "Trabajé años antes en una colección de poesías escolares (y trabajo en una de cantos) para los textos de lectura que sirven en todos los colegios".

Asimismo, en una carta que le envió a Roberto Meza Fuentes, reiteró que Manuel Guzmán Maturana le había pedido un conjunto de poemas: "Don Manuel Guzmán [...], desde hace unos tres años probablemente, viene solicitándome, con esa bondad suya tan profunda como su cultura, un volumen de poesías. Le contesté lo que a Prado, cuando los X fueron editores, y lo que a Donoso, director de la Editorial Chilena, recientemente: ¡que hay tantos libros de versos!".

El propio Guzmán Maturana, en la tercera edición del segundo libro de lectura, de 1916, dejaba en claro la importancia de contar con los trabajos de Gabriela para este material educativo: "La dificultad de encontrar material adecuado para los tomos inferiores ha sido salvada airoosamente gracias a la colaboración especial de Gabriela Mistral, delicada poetisa chilena, laureada en los Juegos Florales, que ha hecho verdadera obra de arte inspirándose en temas de índole infantil. A sus dotes envidiables de escritora suave, armoniosa y galana, une Gabriela Mistral una noble concepción de la tarea educadora a que se dedica, y tan feliz comunión ha hecho de su preclara inteligencia la más idónea para interpretar, con sentido arte, las bellezas que atraen y deleitan al mundo de los niños. Corresponde, pues, a ella parte principal en el mérito que puedan tener estos libros".

¿Pero quién era este personaje, que tanto confiaba en el trabajo de Gabriela? Manuel Guzmán Maturana fue educador, poeta y político radical, que comenzó a publicar sus textos de lectura complementarios a partir de 1905, y se posicionó de tal forma que desplazó al *Lector americano* de José Abelardo Núñez. Como diputado, integró la Comisión de Educación Pública y fue delegado ante el Consejo de Instrucción Primaria. Se destacó además como miembro de diversas instituciones vinculadas a la formación de jóvenes y personas en situación de vulnerabilidad.

En ese mismo período, Lucila Godoy le comentó a Eugenio Labarca sus proyectos editoriales y la publicación de versos escolares; le entregó datos sobre su vida; le refirió, derechamente, su disconformidad con la poesía en boga para estudiantes; le habló de sus contribuciones literarias en Chile y de la aparición de un par de trabajos suyos en las revistas que dirigía Rubén Darío en Francia.

A Eugenio Labarca
Los Andes, 1915.
Distinguido señor:
[...]

A mediados del presente año publicaré un volumen de versos escolares. He querido hacer una poesía escolar nueva, porque la que hay en boga no me satisface; una poesía escolar que no por ser escolar deje de ser poesía; que lo sea, y más delicada que cualquier otra, más honda, más impregnada de cosas de corazón: más estremecida de soplo de alma. Antes de que regresara al norte, di al poeta Silva parte de los originales, para que me haga un prólogo. Varias de esas composiciones –verso y prosa– han sido publicadas en las revistas que Rubén Darío dirige en París, y las ha publicado con una elogiosa recomendación a su público sudamericano y europeo. En el país he publicado mucho en *Sucesos*, y en *Zig-Zag* desde que entró a la dirección don Armando Donoso.

Después de ese mi primer libro vendrá otro con versos de otra índole, compañeros de los sonetos de la muerte.

Soy coquimbana; nací, como el poeta Munizaga, en Vicuña. Quiero mucho a mi olorosa tierra, que ha dado a Magallanes Moure, a Silva, a Mondaca. Dan deseos de ser algo cuando se tiene esa bella comunidad de origen con tan selectas almas.

Soy en este liceo profesora de Castellano y de Historia y Geografía.

Perdone que lo haya agobiado con una carta tan extensa; pero he debido atender su deseo.

Mañana irán unas dos o tres poesías que le sirvan para su juicio crítico y que, si así lo quiere, puede usted enviar a mi nombre a sus amigos de la revista a que alude.

Estaré fuera un mes o más; pero puede dirigirme a ésta cualquier comunicación, en la seguridad de que me las harán llegar.

Lo saluda con amistad y respeto.

Lucila Godoy

A este proyecto editorial de Manuel Guzmán Maturana, tan afín a sus ideales y vocación magisterial, se suma la joven profesora de Los Andes, para quien la lectura y la motivación de la misma para con sus alumnas fue un ejercicio constante durante toda su vida, incluso más allá de sus labores como docente, cuando se encontraba en México, en plena faena de colaboración con la reforma educativa que ese país comenzaba a poner en marcha.

Así, en carta que desde México, en 1922, envía Gabriela a sus alumnas del cuarto año del Liceo N° 6 de Niñas, les indica:

Necesito saber lo que ustedes leen, cómo van en las diferentes asignaturas, si alguna se retira por razones de desgracia personal, qué han hecho de su jardín, a qué excursiones han salido, qué cantos nuevos tienen, qué lecturas matinales les han impresionado, en qué forma cumplen sus promesas hechas a mí en la hora de la despedida.

Impónganse ustedes de mi carta dirigida al quinto año y sigan las indicaciones que allí hago sobre la lectura de algunos autores clásicos. Debe ir luego una segunda colección de los volúmenes para el quinto, a fin de que tengan ustedes ejemplares a su disposición.

En este momento estoy haciendo una nómina de libros destinados a ustedes y al tercer año. No sé si me los traerán todos.

Aprovecho esta misma carta para explicarles de qué obras se trata.

Durante la Colonia de México, existió una gran mujer, a la vez de erudición y de fe, sor Juana Inés de la Cruz. Va un volumen de sus versos y un estudio sobre ella que les recomiendo leer. Esta mujer unió a su religiosidad el cariño por

la ciencia. Ella quería conocer mejor la Creación para adorar más hondamente al Creador.

[...]

Saben ustedes que vive en Escandinavia una gran novelista, Selma Lagerlöf, la única mujer que ha merecido el premio universal Nobel. Es popularísima en su país por haber escrito especialmente las leyendas populares noruegas y suecas. Les envío una pequeña selección de sus cuentos. Pueden leerlos en un día. Les recomiendo especialmente los datos sobre su vida, que son muy interesantes.

[...]

Quiero que ustedes me digan cuáles han sido las lecturas que les han impresionado más fuertemente. Así yo conozco el alma de ustedes y las guío mejor.

Al leer, no olviden ir haciendo resúmenes. Den valor a las ideas y a los sentimientos. Relean las páginas más tiernas. Los pensamientos que les parezcan profundos y útiles, cópienlos en su libreta de apuntes. Retengan los nombres de los autores, a fin de que puedan buscar otras obras de ellos para conocerlos totalmente.

Pueden encargarme con plena confianza otros libros que deseen. Siempre me ha sido grato servirlos. Pero ahora, desde lejos, es una alegría mayor. Una inmensa alegría ayudarlos y tener el corazón envuelto hacia ustedes.

Pidan a su profesora de castellano, que es tan buena amiga de los libros, que les mantenga la hora de lectura semanal.

Cuando encuentren en alguna obra una página de gran valor, indíquensela para esa hora de lectura.

Lucila

Para este volumen, se ha dispuesto el material según un criterio de género, y por cierto en un orden distinto al orden en el que aparecieron originalmente en los cinco libros de Guzmán Maturana, que se editaron en al menos tres o cuatro ocasiones, de 1905 a 1916. Con todo, es más que probable que Gabriela haya iniciado sus colaboraciones entre 1912 y 1916, durante su residencia en Los Andes, puesto que ya firmaba como Gabriela Mistral, dejando atrás a la profesora Lucila Godoy, luego de obtener la más alta distinción en los primeros Juegos Florales de Santiago, en 1914, con sus ya famosos “Sonetos de la muerte”. Cabe mencionar aquí que esos libros de

lectura se publicaron hasta alrededor de 1967, lo que deja en claro que varias generaciones de chilenos se educaron con ellos.

Gabriela fue muy rigurosa con su escritura, y siempre enmendó sus trabajos, en un ejercicio de permanente autocritica a su obra, fuera en verso o en prosa. Por eso, los textos que entregó a Guzmán Maturana presentan, en su mayoría, numerosas variantes en las ediciones posteriores, pero aquí hemos respetado fielmente las versiones que ella le hizo llegar.

Esperamos que estos trabajos que ahora entregamos puedan servir a los profesores como complemento para las actividades de aula, y que los niños se acerquen a la lectura para que ésta constituya, al decir de Gabriela, un “seguro contra la soledad muerta de los huesos de vida interna, o sea de los más. Sirviese la lectura solamente para colmar este hondón del fastidio, y ya habría cumplido su encargo”.

PEDRO PABLO ZEGERS

Dar un apetito

La faena a favor del libro que corresponde cumplir a maestros y padres es la de despertar la apetencia del libro, pasar de allí al placer del mismo y rematar la empresa dejando un simple agrado promovido a pasión. Lo que no se hace en la adolescencia se desmorona hacia la madurez relajada.

Volver la lectura cotidianidad o, según dice Alfonso Reyes, “cosa imposible de olvidar, como lavarse las manos”. Dejar atrás el hábito de padres o abuelos que contaban los libros que habían leído por las catástrofes nacionales o los duelos de la familia. Hacer leer, como se come, todos los días, hasta que la lectura sea, como el mirar, ejercicio natural, pero gozoso siempre. El hábito no se adquiere si él no promete y cumple placer.

La primera lectura de los niños sea aquella que se aproxima lo más posible al relato oral, del que viene saliendo, es decir, a los cuentos de viejas y los sucedidos locales. Folclor, mucho folclor, todo el que se pueda, que será el que se quiera. Se trata del momento en que el niño pasa de las rodillas femeninas al seco banco escolar, y cualquier alimento que se le allegue debe llevar color y olor de aquellas leches de anteaer. Estas leches folclóricas son esmirriadas en varias razas: en la española conservan una abundancia y un ímpetu de aluvión. No es cosa de que los maestros las busquen penosamente: hechas cuento o romance, corren de aldea a ciudad por el lomo peninsular; llegan a parecer el suelo y el aire españoles, y no hay más afán que cogerlas, como las codornices en la lluvia de Moisés, estirando la mano y metiendo en saco las mejores: casi no hay mejores y peores; posee el folclor español una admirable pareja de calidad en que regodearse.

Yerran los maestros que, celando mucho la calidad de la lectura, la matan al imponer lo óptimo a tirones y antes de tiempo. Debemos condescender algo o mucho con el niño, aceptándole ciertas lecturas o bobas o laterales. He visto a chiquitos bostezar por unas *Iliadas* en versión llamada infantil y que se despabilaban en seguida por cualquier Julio Verne.

Aceptemos ladinamente el gusto zurdo del niño por la aventura mal escrita, que una vez hecho su “estómago de lector”, la aventura sandia irá trepándose hacia Kipling y Jack London, y de éstos a otros, hasta llegar a la *Divina comedia* (tremenda aventura por dentro del ánimo), al *Quijote* o al mundo de Calderón.

Dicen que lo mejor suele ser enemigo de lo bueno; también lo solemne anticipado puede empalagar de lo serio y por toda la vida. El fastidio lleva derecho a la repugnancia.

Pasión subida

Pasión de leer, linda calentura que casi alcanza a la del amor, a la de la amistad, a la de los campeonatos. Que los ojos se vayan al papel impreso como el perro a su amo; que el libro, al igual de una cara, llame en la vitrina y haga volverse y plantarse delante en un hechizo real; que se haga el leer un ímpetu casi carnal: que se sienta el amor propio de haber leído los libros mayores de siempre y el bueno de ayer; que la noble industria del libro exista para nosotros por el gasto que hacemos de ella, como existen la de tejidos y alimentos, y que el escritor se vuelva criatura presente en la vida de todos, a lo menos tanto como el político o industrial.

Entonces y no antes la lectura estará en su punto, como el almíbar; ni pedirá más, que fuese manía; ni aceptará menos, que sería flojedad.

Pasión de leer, seguro contra la soledad muerta de los huesos de vida interna, o sea de los más. Sirviese la lectura solamente para colmar este hondón del fastidio, y ya habría cumplido su encargo.

Pasión preciosa de fojear el mundo por mano más hábil que la propia; pasión de recorrer lo no recorrido en sentimiento o acción; arribo a posadas donde dormir soñando unos sueños, si no mejores, diferentes del propio. Y pasión del idioma,

hablado por uno más donoso, o más ágil, o más rico que nosotros. Se quiere como a la entraña a la lengua, y eso no se sabe sino leyendo en escritura feliz un logro del prójimo que nos da más placer que la nuestra, que nos llega a producir una alegría pasada a corporal, a fuerza de ser tan viva.

Mudanza del gusto

El cine está habituando a los muchachos a un tipo de hazaña más rápida, más vertical. Bueno será que los novelistas morosos se den cuenta de este ritmo de la generación lectora que viene. El mismo cine les está retrotrayendo a la imaginación pura, tirada y reída por nuestros padres, que fueron educados en la calva Razón.

Ahora comienza, y también por el cine vilipendiado, el amor de la lectura manca de ciencias naturales. Es cuestión de aprovechar el suceso y sacarle el beneficio posible. Obreros he visto leyendo en una sala una *Historia del Cielo*, bien ilustrada, y sé que es corriente su gusto de la aventura animal, en vidas de abejas, de elefantes y de bichos estupendos.

Paciencias

Por estos caminos de niñerías se puede llevar a cualquiera a la pasión de leer, hasta al lerdo y sordo, y sin más que alimentar esta avidez niña.

Lo único que importa es cuidar los comienzos: el no hastiar al recién llegado, el no producirle el bostezo o el no desalentarle por la pieza ardua. Ciencia de editor, o de bibliotecario, o de maestro: astucia de la buena, manejo de persona difícil, habilidad de entrenador.

Queden para después las limpias del material, los cuidados acérrimos del repertorio, la organización de los temas, según la ideología A o B.

Este postergar es un cuidar, un racional acomodamiento del huésped, antes de contarle la heráldica de la casa de los libros.

“La lectura distrae”. No siempre nos distrae, es decir, nos aparta y nos pone a la deriva, porque muchas veces nos hinca mejor en lo nuestro. Da el regusto de lo vivido y es rumia de lo personal que hacemos sobre la pieza ajena; egoístas no dejamos de ser nunca, y en la novela resobamos percance o bienaventuranza propios.

Religioso poético

Los programas de lectura escolar u obrera no dejen de mano la poesía, o se quedarán muy plebeyos. La poesía grande de cualquier escuela o tiempo. Si lo es, tendrá garra como la bestia prócer o echará red en nosotros a lo barca de pesca.

Menos que la poesía debemos desdeñar de tontos desdeñes la lectura religiosa. Escrituras sacras, todas, una por una, y nuestra Biblia la primera, valen por el más ancho poema épico, en resuello heroico y en forzadura cenital a sacrificio. Contienen además ellas una fragua tal de fuego absoluto, que sale de allí, cuando se las maneja a las buenas, un metal humano duro de romperse en el trajín de vivir y muchas veces apto para rehacer las vidas del mundo, cuando ellas crujen de averiadas. Los libros que hicieron tal faena, sin etiqueta de criatura religiosa, llevaban por el revés la vieja marca de la mística despedida y que regresa siempre.

Madrid, mayo de 1935

Poemas

HALLAZGO

Me encontré este niño
cuando al campo iba:
dormido lo he hallado
sobre unas gavillas...

O tal vez ha sido
cruzando la viña:
al buscar un pámpano,
toqué su mejilla...

Y por eso temo,
al quedar dormida,
se evapore como
rocío en las viñas...

MECIENDO

El mar sus millares de olas
mece, divino.
Oyendo a los mares amantes.
Mezo a mi niño.
El viento errabundo en la noche
mece a los trigos.
Oyendo a los vientos amantes,
mezo a mi niño.
Dios Padre sus miles de mundos
mece sin ruido.
Sintiendo su mano en la sombra.
mezo a mi niño.

DULZURA

Madrecita mía,
madrecita tierna,
déjame decirte
dulzuras extremas.

Es tuyo mi cuerpo
que hiciste cual ramo.
Deja revolverlo
sobre tu regazo.

Juntito a tu pecho
yo me encuentro hermoso,
como el empinado
dedalito de oro.

Juega tú a ser hoja
y yo a ser rocío:
así, así en tus brazos
tenme suspendido...

¡Madrecita mía,
todito mi mundo,
déjame decirte
los cariños sumos!

Las campanas del Maipo para ti no cantaron:
volaron por las pampas y caída te hallaron.
abrazada a tus muertos, como en un nudo atroz.

La libertad fue sobre sus huesos a encontrarte.
El alba de la Patria tuvo que empurpurarte,
que subió de tus carnes a los cielos de Dios.

Que tu nombre la raza por siglos apaciente,
y en la hora cobarde le sea exaltación.
Que madure sus sueños en el sol de tu frente.
Le sea imperativo tu verbo de pasión.

Que las que aquí te nombran comprendan tu dulzura
y conozcan tu alianza del amor y el dolor,
y las haga capaces de todo tu fulgor.

Que el canto de las niñas orete tus mejillas.
Que sientas a la raza decir en tus rodillas.
Su Padre Nuestro en dada mañana del Señor,

y siembre la maestra, bajo tu fértil mágico,
sin un temblor de miedo tu santo trigo trágico
de libertad, con mano llena de resplandor.

Prosas

PROYECTOS...

Alrededor del abuelo, que no puede dejar su sillón ni aun para salir a contemplar cómo florecen los almendros en esta primavera, los tres nietos charlan.

Luis es fuerte, tostada la tez, la voz vibrante y los ademanes resueltos. Tiene un hablar apasionado, y los ojos negros se le encienden con extraños fuegos en el ardor de su convencimiento.

Jorge es flácido de fisonomía y de actitud. Se parece a la madre en los ojos claros y la palabra bondadosa.

Romelio es pálido, sin tener aspecto enfermizo. Tiene gran dulzura en el mirar y en los labios finos. Acodado en el alféizar de la ventana, el paisaje lo tiene más interesado que la charla de los hermanos.

El abuelo, entre ellos, sonrío dichoso, a pesar de sus piernas pesadas, que ya no hollarán más las hierbas de los senderos. Al mismo aposento se ha entrado la primavera en los tres mozos decidores y sanos.

Acompañando su discurso con ademanes violentos, que le prestan extraordinaria animación, Luis charla:

“Está al otro lado de aquella fila de colinas, y aunque no lo oís, yo sé que me llama. El mar es más bello que cualquier tierra bella. Es activo, y todo corazón animoso ama las olas viajadoras, que piden llevar a los hombres de país en país, sobre su dorso claro. Cuando yo he estado junto al mar, ¡cuántas empresas heroicas me han hinchado de bríos el pecho viril!

“Un buen día dejaré, abuelo mío, tu casa y tu villa, hermosas quizás, pero de otra hermosura, y sellaré mi pacto con el mar: mi vida se gastará sobre sus olas vivas, pero él me la ha de devolver engrandecida.

“Yo he soñado con un barco grande como nuestra casa, y que era mío. Sus máquinas jadeaban llevándolo rápido sobre las masas de agua, y los marineros cantaban en la cubierta, exaltados por el viento salino y fragante. Lo más valioso que da la tierra en alianza con la luz, conducía yo en ese barco magnífico. Eran las maderas preciosas del trópico, eran sus frutas perfumadas y hasta sus pájaros de pluma vívida: eran todos esos dones que la tierra cálida ofrece a la tierra brumosa, que es como su

hermana melancólica. La mar era propicia a mi fortuna y consentía maternalmente en que la proa osada la dejara florecida de espuma unos instantes. De la mar salían también palabras de gloria para saludar mi barco y mi corazón joven, anheloso de altos destinos”.

El cuarto apacible se ha ido llenando de las visiones soberbias que el niño evocaba. El abuelo tiene gozosamente abiertos ante ellas sus ojos, que se hacen por un momento ardientes y maravillados.

Jorge habla lentamente y con una suave intención de dulcificar el alma del viejo:

“¿Para qué ir tan lejos, si junto a nosotros la vida se ofrece buena?”

“Yo amo la tierra que mis padres cultivaron y que las plantas del pobre abuelo han dejado también perfumadas. Yo quiero serle fiel, porque fue fecunda en servicios para los míos, y le he de dar la juventud de mis brazos y de mi corazón.

“Todos mis ensueños se encaminan hacia la piadosa empresa de volverla más bella y más opulenta. He de conducir a ella aquellas máquinas que hoy hacen mejor que los hombres la obra de llenar los surcos, primero, y de aliviarlos después de su fecundidad dolorosa.

“Amorosamente iré en su ayuda, para que el producir no la fatigue demasiado ni la agote; amorosamente le llevaré las sales que la vigorizan, la surcaré de canales profundos y de caminos amplios.

“Al son de canciones, es decir, con santa alegría, le abriré el seno; al son de canciones también, se lo llenaré de gérmenes y se lo refrescaré en los días ardientes del estío.

“La tierra es hermosa, por sobre toda hermosura: rizada de trigos, nevada de cerezos en flor y pintada de follajes caducos en el otoño opulento.

“Y seguro está todo amor que descansa en ella, y toda esperanza que se cifre en su polvo sagrado. Quizás, Luis, tu mar te traicione alguna vez; ella no podrá sino serme leal siempre.

“Me quedo con ella, enamorado de su prodigio y agradecido de su largo sustentar a los de mi raza”.

El abuelo sonrío, agradecido él también a la lealtad del que no quiere dejarlo.

Romelio calla. Los hermanos le instan para que diga su sueño:

“¿No os importa la tarde, que se está deshojando afuera como un rosal encendido, con qué belleza apacible?”

“Seguro estoy de que no hay bajo el cielo otra tierra más hermosa que esta que conocen mis ojos felices. Y porque estoy lleno de un suave orgullo por ella, la empresa mía será de copiarla todo lo bellamente que alcance.

“Quizás pensáis que seré un inútil entre vosotros; pero también es esta una manera de amar la tierra, sin pedirle nada fuera del gozo que pide su tranquila adoración.

“Mientras hablabais, estaban ociosas mis manos; pero mi espíritu se hacía todo vivo para recoger en las pupilas este instante soberano de los cielos y la tierra.

“Hay momentos en que el paisaje es tan vigoroso, enrojecido por un sol de ocaso, que exalta el corazón como los más intensos himnos guerreros; otras veces cobra la suavidad de las canciones de cuna.

“También hay santidad en un ser amoroso de la obra de Dios, sentirla muy hondamente y recogerla con reverencia. Y yo no haré otra cosa, mientras estén mis ojos abiertos a este encanto profundo y delicado”.

Habla con dulzura y sigue mirando el paisaje, como un hechizado.

El abuelo también sonrío, dichoso de oírlo. Porque también la belleza cupo en su corazón suave y viril.



Punta Arenas, 1920: Gabriela Mistral, directora del Liceo de Niñas, en compañía de algunas profesoras del establecimiento.



En 1912, a los 23 años.



Dos retratos de la poeta tomados en Los Andes en 1916. En la página de la izquierda, aparece junto al durazno donde dice haber escrito los "Sonetos de la muerte".

Versos a Gabriela

Los autores de los versos incluidos en esta sección son personas acogidas en las diversas Fundaciones del Hogar de Cristo. Sus textos fueron seleccionados luego de su participación en un taller de poesía convocado para conmemorar el aniversario número setenta del otorgamiento del Premio Nobel de Literatura a Gabriela Mistral.



Los pilares han caído,
has quedado derrotado.
Caminando vas descalzo
por tinieblas y pantanos.
La lucha no es de un día.
Levanta tú los pilares:
la respuesta está en tus manos.

ALEJANDRO ISMAEL
VALENZUELA FLORES
36 AÑOS

Voy a meter la red.
Cansado de naufragar,
tal vez me sumerja
para no volver más.

RODOLFO ANTONIO MOLLER SILVA
40 AÑOS

La noche se asoma
con fuerza y sin pereza
como tu llegada
a mi corazón.

FRANCO SAN MARTÍN DÍAZ
17 AÑOS

En el momento de la mirada
tu sonrisa me pone nerviosa
como en el cielo una estrella,
como en el hogar una rosa.

JAZMÍN CAMILA MUÑOZ VILLASECA
18 AÑOS

En montañas agrestes,
sol y deshielos de primavera,
hilos de agua hacia el oeste.

MARCO AURELIO CATALÁN ÁGUILA
45 AÑOS

Atraigo los sueños
del mar de ideas.
Sueño con ellos
palabras al vuelo.

GABRIEL SOTOCONIL GARCÍA
36 AÑOS

Te extraño como la luciérnaga a la noche
esperando iluminarse para poder danzar.

JORGE FUENTES GAJARDO
38 AÑOS



Dime, alma mía, cómo es tu ser
para poder decirle a mi corazón
cómo querer esa luz
del cielo que quiere volver.

OCTAVIO TORRES GONZÁLEZ
64 AÑOS

Gabriela, de ti brotan
versos en flor
como de un jardín mágico
brota tu amor.

DANIEL SEPÚLVEDA ALVEAR
60 AÑOS

Tanto te amo y te reclamo:
quisiera olvidarte.

MIGUEL ÁNGEL CONTRERAS DURÁN
57 AÑOS

Eres el tesoro
que siempre he buscado.

VICTORIA RIVERA CAMPOS
16 AÑOS

En las grietas del tiempo
muchas veces han quedado en el trayecto
la voz de mi propia madre,
la voz del eco de las voces,
las voces y las luces de los que no tienen voz.

MANUEL RUIZ VILLAGRA
58 AÑOS

Al saber que jugaste conmigo
mi corazón quedó herido.

VÍCTOR TRUJILLO ROSALES
17 AÑOS

Jesús vino a la tierra
a regalarnos ventura.

JOSÉ SEBASTIÁN ANDRADE SALAZAR
70 AÑOS

Siento mucho en este momento
pedirles disculpas,
pero me siento indispuerto
por mis dolores y quejas.

ALBERTO ANSELMO TORO NÚÑEZ
55 AÑOS



ÍNDICE

Querida amiga y querido amigo... / <i>Pablo Walker, s. j.</i>	5
El Santo y la Poeta / <i>Juan Cristóbal Romero</i>	7
Nota del compilador / <i>Pedro Pablo Zegers</i>	9
Pasión de leer	15
<i>Poemas</i>	
Hallazgo	21
Meciendo	22
Dulzura	23
Caricia	24
Hombrecito	25
La madrecita duerme	27
Canción amarga	30
Miedo	31
Piececitos	32
Casita blanca	33
El Día y el Niño	34
El marino	36
Himno de los scouts	38
Caperucita Roja	40
La luna (I)	42
La luna (II)	43
Un día nuevo	44
Promesa a las estrellas	46
Doña Primavera	48
Verano	50
Otoño	52
Invierno	53
Mientras baja la nieve	54

La lluvia triste	55	La primavera	105
La colina	57	La leyenda del viento	106
Ovejas blancas	58	La familia del Agua	108
La lechuza	60	El picacho	111
¡Echa la simiente!	61	Aracne	113
Plegaria por el nido (I)	62	Los sapos	114
Plegaria por el nido (II)	64	El árbol	116
Canto al nido	65	El naranjo	118
La canción del maizal	67	La raíz del rosal	120
Canción de las mazorcas	69	Por qué las rosas tienen espinas	122
Plantando el árbol	70	Por qué las cañas son huecas	125
Himno al árbol	72	El placer de servir	128
Un día nuevo	75	La hora que pasa	129
El himno cotidiano	77	La lámpara	131
Rut y Noemí	79	El brasero	132
A Noel	80	Dos rizos de Jesús (cuento de Navidad)	133
El mensaje de Navidad	81	La Pascua de los pájaros	135
Invitación	83	Elogio del libro	139
Ronda de niños	84	Ruego del minero	140
Los que no danzan (ronda)	85	El mandato de Osiris	141
Todo es ronda	86	<i>Versos a Gabriela</i>	149
Dame la mano (ronda)	87		
El ruego del libro	88		
Los colores de la Bandera	90		
Fresia	91		
Ante la estatua de Ercilla	93		
A Javiera Carrera	95		
<i>Prosas</i>			
Proyectos...	99		
El abuelo retoña	102		
El mal de Mireya	103		
Los crueles cazadores	104		

PASIÓN DE LEER
GABRIELA MISTRAL

© Orden Franciscana de Chile
© Dirección de Comunicaciones Corporativas Hogar de Cristo

Noviembre de 2015
ISBN 978-956-744-606-3

La Orden Franciscana de Chile autoriza la publicación de los textos de Gabriela Mistral incluidos en este libro.

Compilación: Pedro Pablo Zegers

Edición: Andrés Braithwaite

Diseño: Miguel Naranjo Ríos

Ilustraciones: Leonor Pérez

Organización del taller de poesía: Paula Bravo, Pía Herrera, Olimpia Méndez

Selección de versos en homenaje a Gabriela Mistral: Jaime Bristilo

Fotografías de Gabriela Mistral: Colección Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional de Chile

Dirección editorial: Rosario Garrido

Edición limitada. Prohibida su venta.
Impreso en Chile por Ograma Impresores



Fundaciones Hogar de Cristo